



**EL
CAMALEÓN**

**LA INVENCION
DE DONALD TRUMP**

**MAGGIE
HABERMAN**

PENÍNSULA

El camaleón

La invención de Donald Trump

Maggie Haberman

Traducción de Àlex Guàrdia Berdiell

Título original: *Confidence Man. The Making of Donald Trump and the Breaking of America*

© Maggie Haberman, 2022

Edición española publicada en acuerdo con Javelin Group, LLC
y Casanovas & Lynch Literary Agency.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: septiembre de 2024

Iconografía: Toby Greenberg

© de la traducción del inglés, Àlex Guàrdia Berdiell, 2024

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Depósito legal: B. 12.111-2024

ISBN: 978-84-1100-282-0

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prólogo	11
1. El poder del pensamiento negativo	31
2. Bienvenidos a la ciudad del miedo	53
3. Los frisos de la discordia	69
4. Ajeno al bello mosaico	86
5. Vacas gordas	109
6. Vacas flacas	137
7. Bonitas y enrevesadas	162
8. La América que merecemos	180
9. Un superviviente mediático	210
10. Ciento cuarenta caracteres	224
11. La mentira que le propulsó	237
12. Aporta o aparta	263
13. La gente dice	277
14. Basta de robo	293
15. Una campaña de ciencia ficción	318
16. El más listo	336
17. Digno de un presidente	348
18. Flynn llega y no besa el santo	363
19. Tiempo ejecutivo	380
20. En el Tanque	397
21. El gran <i>showman</i>	418

22. Dar la vida	431
23. Acción extrema	447
24. Un hombre de partido	463
25. Más duro que el resto	484
26. Un <i>strike</i> y estás eliminado	504
27. Absuelto	522
28. La salud de Estados Unidos	538
29. Divide y vencerás	557
30. Tulsa	572
31. No ser uno de los que mueren	589
32. Juicio por combate	602
Epílogo	637
Agradecimientos	663
Notas	667
Anexo	787
Créditos de las imágenes	795
Índice analítico	799

El poder del pensamiento negativo

La mañana del 21 de noviembre de 1964, Donald Trump y su padre, un hombre con buenos contactos políticos, fueron a la ceremonia de inauguración del puente de Verrazano-Narrows, que conectaría Staten Island con Bay Ridge, en Brooklyn.¹ Antes de que empezara el acto a las once, un destacamento de políticos y personajes influyentes se subieron a 52 limusinas y cruzaron el barrio de Bay Ridge hasta un extremo del puente.²

Al frente de los dignatarios apelotonados tras la cinta estaba el director de la Triborough Bridge and Tunnel Authority Robert Moses, al que Trump padre y Trump hijo admiraban por la mano de hierro que había mostrado consolidando el poder y cumpliendo por la tremenda sus planes de construcción. Cabe decir que, incluso para Moses, el proyecto había sido particularmente difícil de culminar. La conexión de los distritos había tardado décadas en consumarse. Al final, cinco hombres recibieron las tijeras doradas, incluidos el gobernador, el alcalde de Nueva York y Moses, el encargado de amenizar la fiesta.

Los hombres esperaron a su señal para cortar la cinta y, luego, la procesión cruzó el puente en coche hasta Staten Island, donde se iba a celebrar el acto oficial.³ En las gradas estaba el ingeniero que había diseñado el proyecto para construir el puente en suspensión, Othmar Ammann.⁴

Para Donald Trump, los ochenta minutos de ceremonia fueron una «triste experiencia»⁵ que lo marcó para siempre. Según la versión de los hechos del joven de dieciocho años, ese día llovía a cántaros y Ammann estaba solo mientras los demás charlaban sobre su creación y le ignoraban por completo. «Llovió durante horas. No dejaban de presentar y elogiar a cretinos —señaló Trump en 1980, en una entrevista con el periodista de *The New York Times* Howard Blum—. A mí, me obsesionaba pensar que todos los políticos que se habían opuesto al puente estaban recibiendo aplausos mientras que, en un rincón, empapado por la lluvia, estaba el ingeniero de ochenta y cinco años de Suecia que había diseñado el puente y le había dado todo su amor. Y nadie mencionaba ni siquiera su nombre.

»En ese momento entendí que, si la gente te trata como le da la gana y tú no haces nada, te toman el pelo —le dijo Trump a Blum—. En ese momento aprendí algo que no olvidé nunca más: a mí, no me la dan con queso.»⁶

Trump era el único que recordaba ese día en esos términos. «Un sol radiante y un cielo despejado»;⁷ así empezaba la crónica de Gay Talese para *The New York Times* del día siguiente. No llovió. Ammann era suizo, no sueco, y cuando se acabó de construir el puente, él llevaba décadas en Estados Unidos, puesto que había emigrado en 1904.⁸

Y lo cierto es que, durante la ceremonia, Ammann fue de los primeros a los que Moses elogió para pedir un aplauso al público. «Ahora pediré que se levante y reciba una ovación uno de esos grandes hombres de nuestro tiempo; una persona modesta y sencilla que suele pasar inadvertida en estas ocasiones solemnes. Entre tanta gente famosa, es posible que ni sepáis quién es —dijo Moses, acercándose al micrófono—. Amigos míos, os pido que recibáis al mejor ingeniero de puentes que existe, tal vez el mejor que haya existido. Un suizo que ha vivido sesenta años en este país, donde también ha

trabajado con maestría.»⁹ Ammann se alzó y recibió una calurosa ovación de la multitud. Moses sí olvidó una cosa: su nombre, un aparente desliz involuntario. Tal vez ese fue el germen del mito de Trump, porque el resto era casi toda mentira. Cuando Trump sugirió que a Ammann se la habían dado «con queso», reveló algo sobre sí mismo: él creía que todo el mundo estaba buscando siempre la forma de hacerle daño, y que si se sentía perjudicado, no era por accidente. Por el motivo que fuera, Trump se adueñó de ese incidente y lo convirtió en un mito fundacional, erigiéndose en un narrador poco fiable de su propia historia desde el principio. Nadie corroboró sus declaraciones hasta al cabo de muchos años, pero por una buena razón: ¿quién iba a pensar que esos detalles pudieran ser falsos?

Incluso sin edulcorar nada, ese día Trump pudo empaparse muchísimo del poder. Todos los que movían los hilos del mundo al que su padre había aspirado a pertenecer estaban ahí; cada uno habló de su propia contribución para culminar el proyecto. Pero el gran interés de Trump en ese momento no era qué clase de poder, destreza o influencia podía departarse el honor de cortar la cinta de un proyecto de construcción (y eso que él iba diciendo que quería ser propietario de inmuebles de ensueño en Nueva York). La madre del cordero era aprender a ser una estrella.

Por aquel entonces, Trump estaba en su primer año en la Universidad de Fordham del Bronx.¹⁰ La institución académica jesuita no se contaba entre las más elitistas del país y no había sido su primera opción. En el futuro, Trump se jactaría de haber estudiado en la Escuela de Negocios Wharton de la Universidad de Pensilvania, pero él había flirtado con la idea de estudiar cine en la Universidad del Sur de California.¹¹ Con los años, Trump ha reconocido en privado que su padre no quería que estudiara cine, sino que prefería que siguiera el negocio familiar. Cuando yo le pre-

gunté por ello, insistió en lo contrario: «Nunca se involucró mucho porque nunca se lo conté. Yo era muy joven, pero siempre me encantó el cine. Me alegro de no haberlo estudiado».

Trump siempre estuvo obsesionado con las películas, incluso cuando estaba tratando de hacerse un hueco en el sector inmobiliario de Nueva York; un mundo menos glamuroso y a menudo lúgubre. Cuando sí pensaba en grandes propiedades, casi siempre lo hacía a una escala excesivamente ambiciosa. «Yo quería que fuera más emocionante y, como sabes, siempre tuve debilidad por el mundo del espectáculo y otras cosas —dijo Trump más adelante—. Pero creo que incorporamos algo de la farándula al negocio inmobiliario.» Al final, se dio cuenta de que la prensa hablaría de él tanto si acababa los proyectos como si no.

Parte de ello, Donald lo había aprendido de su padre. A Fred Trump también se le daba bien generar dramas y llamar la atención de la prensa, aunque no parecía gustarle tanto como a su hijo. Fred Trump solía usar un alias, Harry Green, para que los contratistas no se le subieran a las barbas; él creía que seguramente aumentarían los precios si conocieran su verdadera identidad. Luego, Donald adoptó esa misma práctica de los seudónimos y empezó a aludir a sí mismo con nombres como John Barron y John Miller. Lo hizo en sus negocios, pero también para actuar como su propio publicista al lidiar con la prensa en cuestiones relativamente triviales, como las que atañían a su vida amorosa.¹²

Ante todo, Fred Trump era un empresario eficiente que construía viviendas espaciosas para familias de clase media. Conocía muchos atajos y sabía moverse políticamente. Como Fred no necesitaba mucho las subvenciones para personas con escasos recursos, trataba al Gobierno como si existiera únicamente para satisfacer a los empresarios, cuando no estaba acosándolos y amenazándolos.

En esa época, muchas constructoras de Nueva York eran familiares. En algunas, los patriarcas criaban a sus hijos con vistas a que los sucedieran. Pero si algunos de sus homólogos promotores denostaban a sus vástagos delante de los demás, Fred alardeaba siempre de Donald. Eso sí, en privado trataba a sus hijos como si estuviera supervisando un negocio en vez de un hogar. Según parientes y socios, menospreciaba a sus pequeños y los volvía a unos contra otros, anteponiendo en todo momento la construcción de un imperio de mecanismos financieros de cara a maximizar los beneficios. Fred Trump legó a su hijo ese talante, pero no la filosofía del esfuerzo del migrante de primera generación que empezó a dejarse las uñas en la adolescencia.

Los padres de Fred Trump se convirtieron en residentes permanentes de Estados Unidos por casualidad. Su padre, Friedrich Trump, había sido peluquero. Había migrado desde Alemania porque no encontraba suficiente trabajo para ganarse el pan. Buscando un nuevo empleo, abandonó el servicio militar de su país, obligatorio para los adolescentes, y acabó huyendo de «tres siglos de barbarie europea».¹³

En 1885, Friedrich desembarcó del SS Eider en el puerto de Nueva York y se fue a vivir con una hermana que había llegado al país un año antes. Tras seis años trabajando como peluquero y alternando pisos, decidió que quería algo más de la vida y se marchó al oeste para sacar tajada de la fiebre del oro de Klondike.¹⁴ En lugar de minar el oro personalmente, fundó empresas para intentar satisfacer a otros que acudían a los remotos y salvajes poblados del Yukón en busca del tesoro. No hay pruebas sólidas de que gestionara burdeles en esos parajes, pero la biógrafa Gwenda Blair encontró pruebas de que toleraba la prostitución en sus establecimientos, y posiblemente incluso la promovía.

Friedrich adquirió la ciudadanía estadounidense en 1892, pero nueve años más tarde volvió a Alemania de visita y empezó a salir con la hija de los vecinos de la familia. Elizabeth Christ y Friedrich se casaron en 1902 y ella se fue con él a Nueva York, pero no quiso quedarse en Estados Unidos, así que en 1904 se volvieron a Alemania.¹⁵ Fue por poco tiempo. Como Friedrich se había saltado el servicio militar, no podía permanecer en el país, así que al final fue expulsado. La pareja regresó a Estados Unidos para siempre el 30 de junio de 1905. En ese momento, Elizabeth estaba embarazada de su segundo hijo y la familia se instaló en el Bronx, donde Frederick Christ Trump acabó naciendo ese mismo año. En casa se hablaba alemán.¹⁶

Una vez instalada la familia en Nueva York, Friedrich Trump murió tempranamente a los cuarenta y nueve años, a raíz de la pandemia de la gripe de 1918. Salió a pasear con su hijo de doce años, Fred, y se empezó a sentir mal. Volvió a casa, se acostó y «entonces murió —le dijo Fred a Blair—. Tal que así».¹⁷

Friedrich dejó una fortuna valorada en más de medio millón de dólares actuales, amasada gracias a sus activos de los pueblos mineros y a los pequeños solares que había adquirido en Queens.¹⁸ Su viuda, Elizabeth Trump, tomó posesión de la cartera de bienes raíces y fundó la empresa E. Trump & Son en 1927. Su hijo Fred, que aún no tenía la edad para firmar cheques, trabajó con ella para agrandar el negocio.

A Fred, le costó encontrar su camino. Tras graduarse del instituto, se puso a trabajar de carpintero, pero el mazazo de la Gran Depresión le obligó a ponerse al frente de un supermercado de Queens para no hundirse.¹⁹ En 1927, le arrestaron durante un mitin del Ku Klux Klan organizado para protestar contra «la policía católica romana de esta ciudad», que había «atacado» a los «norteamericanos protestantes nativos» por tratar de «proteger una bandera, la de Estados

Unidos; una escuela, la pública; un idioma, el inglés», según los folletos.²⁰ El acto reunió a mil personas y Fred fue uno de los acusados de no dispersarse conforme a las órdenes de la policía.

El joven intentó establecer los vínculos políticos que se necesitaban para triunfar en el sector inmobiliario de Nueva York. El Comité Demócrata del Condado de Kings, el nombre oficial del Partido Demócrata de Brooklyn, encarnaba una organización modélica con un dominio sin parangón en el gobierno y la política del distrito más poblado de la ciudad. Fred hizo buenas migas con Frank V. Kelly, líder del distrito y apoyo local clave en la campaña presidencial de Franklin D. Roosevelt.²¹ La amistad nació justo cuando Kelly estaba fraguando una estratagema para convertirse en jefe del partido, lo cual le permitiría colocar a personas y conceder licitaciones a dedo, influir sobre la judicatura del distrito y decidir qué terrenos de la ciudad serían edificables.

La valía de la incipiente relación de Trump con Kelly se hizo patente enseguida. Julius Lehrenkrauss llevaba décadas siendo el inversor hipotecario más potente de Brooklyn. En medio siglo, su empresa, conocida en Nueva York como la Casa Lehrenkrauss, había concedido unos 26 millones de dólares en hipotecas a 40.000 hogares de la ciudad. En 1934, Julius, de sesenta y seis años, fue imputado junto a dos socios por el fiscal del distrito del condado de Kings. Los acusaron de fraude hipotecario en masa.

Las imputaciones fueron un terremoto para la clase política de Brooklyn y los tribunales obligaron a liquidar el negocio hipotecario de la empresa. Para Fred Trump, que entonces contaba veintinueve años, resultaba muy atractivo incorporar ese proveedor hipotecario a la compañía moribunda que su madre había fundado.²² Generaría ingresos automáticamente en virtud de los abonos mensuales y sería una buena oportunidad para comprar inmuebles a punto de caer

en el impago u otros que fueran subastados. Sabiendo que no era probable que pudiera igualar las pujas de la competencia, Trump se alió con otro postor para mejorar sus perspectivas. Sin embargo, el periodista que ha investigado con mayor tenacidad el auge de Donald Trump declara que, posiblemente, el tribunal de Brooklyn que valoró el caso de bancarrota de Lehrenkrauss no concedió la victoria a Fred Trump y su socio por el valor de su puja, sino por otros motivos. Los socios de Kelly habían brindado un apoyo sustancial. «El ferviente respaldo que recibió de los fautores del Partido Demócrata —escribió Wayne Barrett— da a entender que lo habían elegido su ganador. Así pues, la de Lehrenkrauss fue la primera colaboración entre Trump y la organización de Brooklyn; una alianza que duraría toda una vida.»

En los años treinta, Fred Trump se dedicó a construir casas en Brooklyn a un ritmo vertiginoso, incluyendo cientos de bungalós en un solar de East Flatbush que el circo Barnum & Bailey acababa de abandonar. También buscó otras vías de entrada a la organización del condado probando suerte en los influyentes clubes políticos que representaban los barrios del distrito.²³ En Flatbush entró en la órbita de Irwin Steingut, un político que hacía malabares con los intereses de las diferentes minorías étnicas de Brooklyn para unirlos bajo una única bandera, y en Coney Island conoció a Kenny Sutherland, que regía con mano de hierro el reducto frente al mar. Pero las relaciones más largas y fructíferas Fred las forjó en el Madison Club del centro de Brooklyn, donde entró en contacto con el abogado Abraham «Bunny» Lindenbaum. A través de este, conoció al contable Abraham Beame, que en la década siguiente se incorporó al gobierno municipal como subdirector de presupuestos. Otro exmiembro del club era Hugh Carey, que acabaría siendo el gobernador número 51 de Nueva York.

Pero la entrada del país en la Segunda Guerra Mundial puso fin a un programa federal de promoción de vivienda que, hasta ese momento, había sido la tabla de salvación de Fred. Así que el hombre se reinventó y en 1942 trasladó su familia a Virginia, pues el Gobierno federal le encargó construir viviendas para el Ejército cerca de la base naval de Norfolk. El acuerdo le permitía a Fred Trump quedarse los edificios en propiedad y empezar a construir a una escala mucho mayor.²⁴ Para cuando regresó a Nueva York en 1944, Fred tenía bastante más experiencia con la que impresionar a sus contactos políticos de Brooklyn.

El pequeño Dennis llevaba un ratito en el patio trasero de su casa, jugando en el parque infantil, mientras su madre, Martha Burnham, estaba dentro charlando con una vecina. Asustada por los chillidos repentinos de su hijo, la madre salió de casa como una exhalación y vio que a su bebé le estaban lloviendo piedras.²⁵ Se las estaba arrojando un vecino de cinco años apoyado en la valla que separaba su hogar del de los Burnham. Años más tarde, Martha le contó a su hijo la historia de cómo había arrastrado a Donald Trump hasta su casa por el cuello y le había contado a su madre lo que había pasado.

Mary Anne MacLeod, una inmigrante escocesa que trabajó como criada al llegar a Nueva York, conoció a Fred Trump en 1935, durante una velada en Queens.²⁶ Tras un fugaz noviazgo, la pareja se casó en una iglesia del Upper East Side y se fue de luna de miel a Atlantic City o a las cataratas del Niágara (hay diferentes versiones).²⁷ Al año siguiente, Mary dio a luz a Maryanne, la primera de cinco hijos.

La familia se instaló en una casa que Fred había mandado construir en la calle Midland Parkway de Jamaica Esta-

tes. De más mayor, Donald Trump describió la zona como un «oasis» en medio de las zonas «peligrosas» de Queens.²⁸ Los niños estaban mucho más consentidos que los otros que vivían en la calle. Tenían criados en casa y un chófer siempre en la puerta. Los vecinos recuerdan que, cuando hacía mal tiempo, llevaban a Donald en coche para que repartiera los periódicos sin mojarse.²⁹ En el caminito de entrada había dos coches con matrículas personalizadas con las iniciales de Fred Trump.³⁰

A los visitantes puntuales, la familia les parecía encantadora. Pero los vecinos aseguran que no se trataba de un hogar acogedor. Incluso cuando estaba en casa, Fred Trump era igual de formal que el traje de tres piezas que siempre llevaba: frío, severo y poco dicharachero. No se mostraba muy comprensivo con los errores o imperfecciones y tendía a destacar lo negativo antes que lo positivo. A Mary Trump se la recuerda como una persona social cuando acompañaba a su marido a fiestas y actos, una apasionada del glamur de la Corona británica. Pero para los vecinos, era una presencia emocionalmente introvertida en un hogar controlado por Fred.

En 1948, cuando nació el hijo más pequeño de los Trump, Mary se sometió a una histerectomía de urgencia. Maryanne le contó a Gwenda Blair, la biógrafa familiar, que su padre le había dicho que mamá estaba en el hospital y que tal vez no sobreviviría.³¹ Pero Fred la obligó a ir al colegio todos los días como si nada hubiera pasado, prometiéndole que la llamaría si había alguna novedad. He aquí un ejemplo del desapego emocional que sintetizaba el espíritu familiar, basado en la idea de perseverar e ignorar enfermedades, malas noticias y peligros.

En la escuela, Donald se ganó la fama de ser un chico agresivo y con instinto acosador. Se comportaba así incluso con su hermano más pequeño, Robert, que era una víctima

habitual de sus tropelías. Años más tarde, Donald rememoró con orgullo el día en que pegó los bloques de construcción de su hermano para hacer su propia torre y dejó a Robert sin juguete.³²

Cuando Donald tenía ocho años, su padre tuvo el primero de los dos emponzoñados encontronazos con las autoridades. En 1954, Fred Trump tuvo que testificar en el Congreso por haber aceptado de la Autoridad Federal de Vivienda un crédito mucho más cuantioso de lo que el proyecto había requerido. Al final, le prohibieron recibir más fondos del programa y tuvo muy mala prensa, un lujo que no podía permitirse. La experiencia fue un jarro de agua fría para la familia, que entendió que ese mismo Gobierno que podía ser la fuente de su riqueza también era capaz de arrebatarla de un plumazo.

Pese a su impulsividad y sus arrebatos en el colegio, algunos amigos de Donald recuerdan al joven como un muchacho dulce y divertido. En la escuela privada de Kew-Forest, Donald hizo muy buenas migas con un chico llamado Peter Brant.³³ A ambos les encantaba el béisbol y, durante la Serie Mundial, iban a la escuela con una radio de transistores escondida y escuchaban los partidos durante las clases a través de un pequeño auricular que llevaban oculto bajo la manga. Una vez, se arrimaron a la valla del patio para ver pasar el convoy de Dwight Eisenhower durante una visita del presidente a Nueva York. Brant invitaba muchas veces a su amigo a dormir en su casa y, según dice, Donald solía destacar con seriedad lo maravillosas que eran las sábanas.³⁴

A los diez u once años, ambos solían ir a Manhattan en metro. Brant describió esas excursiones como un rito de iniciación al mundo que yacía más allá de sus enclaves de Queens,

y lo comparaba con un viaje a «la jungla». Deambulaban por Times Square y por las tiendas de curiosidades y volvían a casa con artilugios extraños, como zumbadores de mano y navajas. Fueron grandes amigos hasta séptimo curso, cuando Fred descubrió la colección de navajas que los niños habían comprado.³⁵ En ese momento, dice Brant, el padre envió a Donald a la academia militar de Cornwall, Nueva York, a más de cien kilómetros hacia el norte. De repente, el muchacho de trece años tuvo que despedirse de la familia y de todas las comodidades imaginables de las que había disfrutado durante años. Estaba lejos de su casa y solo, sin uno de los mejores amigos que había tenido.

Brant no se explicaba el adiós súbito de su amigo. La verdadera razón de la desaparición de Trump siempre le pareció un enigma. «Toda la vida me he preguntado si había algo de su pasado que yo desconocía y que hizo que su padre lo mandara a la academia militar —confesó Brant a *The Washington Post* en 2016—. Hoy, no le mandarían allí por hacer lo que hizo.»³⁶

Algunos reclutas de la academia estaban al cuidado del mayor Theodore Dobias, un veterano de la Segunda Guerra Mundial conocido por dar tortazos a los chavales para que obedecieran. Donald fue víctima de castigos físicos como bofetadas y puñetazos. En la academia militar, la influencia de su padre siguió siendo omnipresente, pese a vivir a 150 kilómetros. «Lo único de lo que hablaba Donald —dijo su compañero de clase George White— era de que tenía que ganar. Fred le inculcó que tenía que ganar costara lo que costara, y que los demás no importaban. Al resto, los trataba como a perros.»

En el último curso, la administración escolar ascendió a Trump a capitán de la Compañía A, un prestigioso reconocimiento que sembró las dudas entre sus compañeros.³⁷ Algunos sospechaban que lo había conseguido gracias a la in-

fluencia que su padre tenía en la escuela. Como capitán, Trump se encargaría de liderar a los demás chicos de la unidad. Pero lo hizo «con desafecto», según su excompañero Sandy McIntosh.³⁸ Cuando un alumno de la Compañía A se excedió en su novatada a un compañero, en la escuela comentaron que Donald se había quedado en su habitación escuchando el tocadiscos. La víctima se quejó a sus padres y Trump perdió su cargo. Aun así, él se negó a admitir su derrota y recalcó que, en verdad, lo habían ascendido a otro cometido.

Los compañeros de clase de Trump afirman que, los fines de semana, había chicas que iban a verle aprovechando que se permitían las visitas, aunque no está claro si tenía una relación sentimental con ninguna de ellas. Peter Ticktin, compañero de clase de Trump, escribió un libro sobre su experiencia con él. En su obra, demostró ser consciente de la necesidad del futuro presidente de recibir elogios. De hecho, contó que la foto de Trump en el anuario del último curso había ido acompañada de un codiciado piropo: «Le otorgamos a Donald el título de Mujeriego —declaró Ticktin—, porque queríamos darle algo para que supiera que era alguien querido y respetado y que merecía un reconocimiento».³⁹

En otoño de 1964, Trump se había matriculado en la Universidad de Fordham del Bronx, que quedaba bastante lejos de su casa en Jamaica Estates. Estudiar en esa institución jesuita no era parte del plan. «Ahí es donde entré», le dijo a Blair su hermana Maryanne.⁴⁰ Nunca se integró. Se dedicaba a merodear apáticamente por el campus en traje y corbata y se esforzaba poco por participar en las actividades grupales para conocer a gente. Se unió al Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales de la Reserva (ROTC, por sus

siglas en inglés) del Ejército en su primer año, pero se borró porque estaban reclutando a alumnos para combatir en Vietnam.⁴¹

Trump hizo muy poca mella en el recuerdo de sus compañeros.⁴² Uno dice que conseguía ahorrarse siempre los 25 centavos del peaje del puente Robert F. Kennedy, dejándole la papeleta a un amigo con bastantes menos recursos que él. Según otro, Trump hacía mucho hincapié en el origen étnico de los demás estudiantes. «Yendo a la universidad, una vez se quejó de que había demasiados alumnos italianos e irlandeses en Fordham. Me aseguró que ese comentario no iba por mí», confiesa Fitzgibbon, un excompañero con apellido irlandés.

Mientras Trump se buscaba la vida en Fordham, Fred se enfrentaba a su segunda crisis relacionada con las subvenciones públicas. En 1957, había empezado a comprar terrenos en Coney Island, un barrio de Brooklyn situado a orillas del mar y famoso por su playa y por los parques de atracciones.⁴³ El plan era construir el Trump Village, un complejo de siete edificios con pisos de alquiler subvencionados por un programa del estado de Nueva York llamado Mitchell-Lama. Fred dio luz verde al proyecto antes de confirmar las hipotecas de los edificios. Él y su viejo amigo Abe Beame —auditor municipal y, por ende, director financiero de la ciudad— tenían muchos motivos para contar con que todo acabara saliendo bien.

Pero la financiación privada se le estaba resistiendo a Fred, por lo que el promotor dependía de la generosidad del Gobierno.⁴⁴ El Estado le prestaba los fondos para comprar los solares que iba necesitando, pero, al final, un auditor descubrió que Fred estaba calculando los costes de los terrenos —estipulados por los tribunales de Brooklyn, a cargo de sus compinches demócratas del condado— a un precio muy superior del que realmente pagaba. (Y aunque hacía donaciones

desorbitadas a los demócratas de la ciudad, Fred figuraba como votante republicano.) Pese a los hallazgos de la auditoría, los funcionarios como Beame no hicieron ningún cambio en el procedimiento.

Transcurrido un tiempo, la Comisión de Investigación Estatal empezó a husmear en la especulación del promotor. En enero de 1966, lo citaron a una vista pública para pedirle explicaciones por lo sucedido en el Trump Village. Los investigadores no quedaron satisfechos con sus respuestas. Doce años después de las vistas del Senado que habían concluido con su exclusión relativa de los programas federales, a Fred Trump le cerraron el grifo de la financiación pública.⁴⁵

Mientras su padre afrontaba esa crisis, Donald se marchó de Nueva York. Tras dos años en Fordham, pidió el traslado a Wharton, la escuela de negocios de la Universidad de Pensilvania. Su prestigio encandilaba a los Trump. El primogénito, Fred jr., conocido como Freddie entre sus amigos y parientes, no había conseguido entrar en esa universidad y había terminado matriculándose en la de Lehigh. En Wharton, Trump no dejó en sus compañeros una impronta mucho mayor que en Fordham. Ni siquiera aparece en el anuario de último año; su nombre figura bajo el título «Alumnos sin fotografía».⁴⁶ Solo un compañero, Louis Calomaris, dice que oyó a Donald pronosticar esto en clase: «Voy a ser el rey del inmueble de Nueva York».⁴⁷

La tragedia con la Comisión de Investigación Estatal se trajo en que Fred Trump dejó de percibir fondos públicos para el Trump Village, pero esa no fue la única traba administrativa a sus planes para Coney Island. En 1965, adquirió unos terrenos que antes habían albergado el Steeplechase Park, un parque de atracciones del siglo XIX que alojaba el famoso Pabellón de la Diversión, un recinto cerrado lleno

de atracciones con un rostro sonriente pintado en la fachada de cristal. Ese año, Nueva York había aprobado su primera ley para proteger los monumentos históricos y Fred temía que esa propiedad fuera declarada lugar de interés, con lo que ya no podría construir nuevos edificios allí. Así pues, organizó una «ceremonia de despedida vip» para el pabellón y mandó invitaciones para el 21 de septiembre de 1966 a mediodía. Fred compareció con cuatro modelos a las que había contratado: dos iban con vestido y dos en bikini, pero las cuatro llevaban cascos de protección. El promotor repartió ladrillos a los invitados para que pudieran arrojarlos a la fachada del pabellón donde había la cara sonriente.⁴⁸ Una vez terminada la fiesta, llegó la maquinaria pesada y arrasó el Steeplechase Park.

Pero Fred Trump nunca tuvo la oportunidad de edificar allí. No se había clasificado como suelo urbanizable para uso residencial, y cuando Beame perdió las elecciones municipales de 1965 contra el republicano moderado y reformista John Lindsay, Fred se quedó sin los contactos necesarios para salirse con la suya. Los terrenos estuvieron años sin urbanizar.⁴⁹

Barrett sostiene que ninguno de esos reveses al negocio familiar afectó a Donald, que estaba a punto de licenciarse en Wharton.⁵⁰ A lo sumo, vinieron a confirmarle que había elegido bien su camino. Trump veía que Fred necesitaba un sucesor que prosiguiera su obra, pero su padre aún no había dejado claro quién quería que fuera su heredero. Al principio, había deseado que fuera su hijo tocayo quien se uniera a él en el negocio inmobiliario. Su sueño era encontrar una extensión y un reflejo de sí mismo que pudiera continuar con la empresa en el futuro.

La pugna por el favor del padre provocó una fea rivalidad entre Donald y Fred jr., que se llevaban casi ocho años y tenían un carácter muy diferente. Se ve que el padre gustaba de

provocarlos. De entre todos sus hijos, Fred Trump prefería atender, ridiculizar y engatusar a los dos mayores. En vez de motivar al simpático Freddie, su padre era severo con él, y lo agobiaba. El alto, atractivo y bonachón Freddie entró a trabajar en el proyecto del Trump Village al poco de licenciarse en Lehigh. Siempre que elegía materiales que su padre consideraba un dispendio, Fred le cantaba las cuarenta. A raíz de esas experiencias, Freddie se fue distanciando del negocio de la construcción y se hizo piloto comercial.⁵¹ La decepción del padre fue mayúscula.

Siguiendo los pasos de Fred, Donald se burlaba de las decisiones de Freddie y lo chinchaba. Aseguraba que podía hacer algo mejor y más ambicioso que pilotar aviones. Pero a pesar de las mofas, el ejemplo del hermano mayor dejó huella en Donald. El alcoholismo de Freddie acabó costándole la vida a los cuarenta y dos años.⁵² Durante décadas, Donald invocó ese final trágico como el motivo por el que podía cometer muchos excesos, pero nunca bebía. «Lo observé —dijo Trump a un periodista, hablando de la caída de su hermano— y aprendí de él.»⁵³ Con el paso del tiempo, Trump se volvió más franco con sus amigos. A sus estrechos colaboradores, les confesó que él atribuía directamente la muerte de Freddie a cómo lo había tratado su padre.

Incorporado ya en la empresa familiar, Donald siguió sin perder el interés por el mundo del espectáculo y por el camino a la fama que brindaba. En 1969, entró en el despacho del productor David Black justo encima del Palace Theatre y preguntó qué tenía que hacer para ser productor.⁵⁴ En su almuerzo con Black, Trump subrayó que había investigado sobre su siguiente producción, la comedia *Paris Is Out!*, y quería invertir en ella. A cambio de aportar la mitad del presupuesto, Trump deseaba que su nombre apareciera en los carteles y el programa de mano del espectáculo. La obra se canceló a principios de 1970 tras 112 representa-

ciones.⁵⁵ Tampoco fue un fracaso, pero Trump perdió gran parte de su inversión.

Donald siguió priorizando el sector inmobiliario, pero, desde el principio, sus aspiraciones fueron más ostentosas que las de su padre. Urdió para rebautizar el negocio familiar fuera de Manhattan con el nombre «Trump Organization» a fin de que la empresa pareciera más imponente y asentada de lo que realmente estaba. Fue solo uno de los cambios en su gran campaña para revolucionar los aspectos pueblerinos de la vida con su madre y con su padre. En 1971, se mudó a un piso propio de alquiler regulado en el Upper East Side y se volvió un habitual de las elitistas discotecas de Manhattan.⁵⁶

El objetivo de Donald era causar impresión. Normalmente llegaba del brazo de mujeres despampanantes, trofeos que elevaban su perfil. «En realidad, no era el donjuán disfrutón que fingía ser. Era parte del espectáculo —dijo al cabo de unas décadas Rudolph Giuliani, un abogado neoyorquino activo en el escenario político—. Es un tío que no bebe, no fuma y que prefiere dormir en su casa.»⁵⁷ Eso no le impidió hacerse un nombre en establecimientos como Le Club, una guarida secreta en un edificio de estuco del Midtown; en la fachada, una placa lucía el texto: «EXCLUSIVO PARA MIEMBROS». Los intentos de Trump de entrar en ese club de Manhattan cayeron en saco roto una y mil veces, hasta que por fin fue aceptado.⁵⁸

Los primeros pasos de Trump en el negocio familiar fueron un nunca acabar de dificultades. En octubre de 1973, la Sección de Vivienda del Departamento de Justicia notificó a Trump Management, Inc. que se los iba a demandar por prácticas arrendatarias discriminatorias contra inquilinos negros. En la causa figuraban tanto Fred, presidente del consejo, como Donald, presidente de la empresa.

El Gobierno y las organizaciones de derechos civiles llevaban años investigando a los Trump, desde que Donald es-

tudiaba en la universidad. En el Trump Village, el gigantesco complejo de 3.700 pisos, solo había registradas siete familias negras. No era casual. Las personas negras interesadas en alquilar las viviendas aseguraban a las autoridades que los encargados del mantenimiento de los edificios les prohibían el acceso, o les denegaban el mismo piso una y otra vez. Los Trump no eran los únicos caseros en usar esas prácticas. El destacado promotor neoyorquino Samuel LeFrak, un amigo de Trump, también fue demandado por infringir la *Fair Housing Act* («Ley de Vivienda Justa») de 1968. Pero LeFrak decidió llegar a un acuerdo rápido con el Ejecutivo y ofreció un mes de alquiler gratis a cincuenta familias negras para ayudarlas a instalarse en edificios principalmente ocupados por arrendatarios blancos.⁵⁹

Sin embargo, Donald estaba siendo asesorado por Roy Cohn, un privilegiado nacido en Nueva York y ex fiscal federal de Washington. Cohn había desempeñado en 1951 un papel fundamental en la condena de Julius y Ethel Rosenberg, ejecutados por traicionar al país y espiar para la Unión Soviética. Gracias a eso, Cohn consiguió un puesto como investigador jefe del senador Joseph McCarthy, cuya subcomisión estaba trabajando a destajo en su particular caza de brujas. Durante el macartismo, el país se sumió en el miedo al comunismo y al mero hecho de ser llamado comunista. En una maniobra menos conocida, McCarthy y Cohn también trataron de expulsar a todos los gays de la función pública, basándose en la tesis de que eran vulnerables al chantaje. Su labor, bautizada como «terror lila» por los historiadores, llevó a Eisenhower a firmar en 1953 un decreto presidencial para aprobar la investigación y despedir a empleados federales presuntamente homosexuales.

Para cuando entró en la vida de Donald dos décadas después, Cohn era un abogado privado muy asentado en Nueva York. Su bufete estaba en una casa adosada del East Side.

Desde su marcha del Gobierno, Cohn había sido objeto de una auditoría fiscal, se había librado cuatro veces de ser condenado, representaba a mafiosos y famosos, interponía demandas contra políticos e intimidaba a periodistas.⁶⁰ Y lo hacía casi todo a plena luz del día. Se le daba de maravilla acceder al «banco de favores» de Nueva York, como lo llama la periodista Marie Brenner. Eso hacía que su práctica del derecho tuviera un tinte mafioso. Las personas que se cruzaban en su camino tenían motivos para temer que encontraría la manera de calumniarlas, si eso le resultaba útil para ganar una batalla o saldar cuentas. Sus reglas, en la medida en que las cumplía, incluían un concepto abstracto y amenazador de la «amistad». En 1978, le contó al periodista Ken Auletta hasta dónde estaría dispuesto a llegar para proteger a los que consideraba sus amigos: «No mentiría en ninguna circunstancia. Pero haría todo lo posible dentro de los límites de la legalidad para no perjudicar a nadie de quien hubiera aceptado ser amigo».⁶¹

Cohn medía sobre un metro setenta, era delgado y llevaba el pelo muy corto, con entradas. Lucía una cicatriz en la cara y tenía por costumbre lamerse los labios mientras hablaba. Su mirada denotaba fatiga crónica. Era muy sabido que se acostaba con otros hombres, pese a que uno de sus grandes hitos laborales había exudado una profunda homofobia.

Su gran talento era el terrorismo emocional. A Cohn, que la gente supiera que era una persona horrible le hacía feliz: «Gracias a eso, tengo fama de tipo duro, de ganador».⁶² ¿Qué puede hacer uno cuando su adversario está dispuesto a abalanzarse encima de él y, con un lenguaje que no ha oído casi nunca en su vida, graznar hasta obligarle a ceder?

Cohn también se mostraba agradable, gentil y generoso con sus amigos.⁶³ Los periodistas de sociedad, los dueños de discotecas, los ejecutivos de grandes medios y los políticos que lo complacían y temían tenían una imagen afable de él; a

su entender, era un triste bribón de pasado oscuro. Lo consideraban alguien poderoso, y las conexiones con el poder y la fama resultaban cruciales para la gente con quien él lidiaba. Cohn estrechó lazos con la presentadora de televisión Barbara Walters, trabajó con el gran magnate de los medios Rupert Murdoch y, en 1980, tuvo el honor de que Nancy Reagan le agradeciera todo lo que había hecho por su marido.

La historia de Trump sobre cómo conoció a Cohn ha ido cambiando, pero su versión más coherente, la de su primer libro *The Art of the Deal*, es que se conocieron en 1973 en Le Club, poco después de que el Gobierno demandara al empresario por discriminar a los inquilinos. Según Trump, otros abogados le habían dicho que la causa estaba perdida. Pero Cohn le dio la respuesta que él quería oír: «Mándales a freír espárragos y peléalo en los juzgados». ⁶⁴

En casi cualquier momento posterior de su vida, seguramente Trump se habría sentido repugnado por el aspecto reptiliano de Cohn; recordemos que, en la Casa Blanca, se ofuscó con el «canon de belleza» ⁶⁵ de los consejeros y miembros de su Gabinete. Pero si Trump tenía algún problema con su semblante, nunca lo expresó. Más tarde, él mismo me confesó: «Yo era muy joven y Roy era muy político». Dijo que el jurista era «un tipo diferente», pero no se explayó más.

Una lección primordial que Trump aprendió de su mentor era que casi todo se podía entender como una transacción. Incluso un empleado aparentemente neutral como el abogado, al que en teoría se contrataba para que defendiera los intereses del cliente, se podía transformar en algo así como un líder de partido o un capo de la mafia. El valor de una persona dependía de cuánto te gustara o de cuánto te debiera. «Si le gustabas a Roy, te ayudaba —me dijo Trump—. Pero si no le gustaba alguien, pues... no sé, creo que sí aceptaba algunos clientes que no le gustaban. Me parece que les metía una pu-

ñalada trapera. Ya conoces a Roy. ¿Me entiendes? Le tenías que gustar, y punto.»

Durante su presidencia, Trump se quejaría amargamente de los abogados que trabajaron para él, tanto de los asesores de la Casa Blanca como de los representantes de bufetes externos y de los tres fiscales generales. Él creía que nadie le había sabido proteger de sus enemigos cuando las espadas habían estado en alto. Repetía a menudo que ninguno de ellos era «como Roy Cohn».